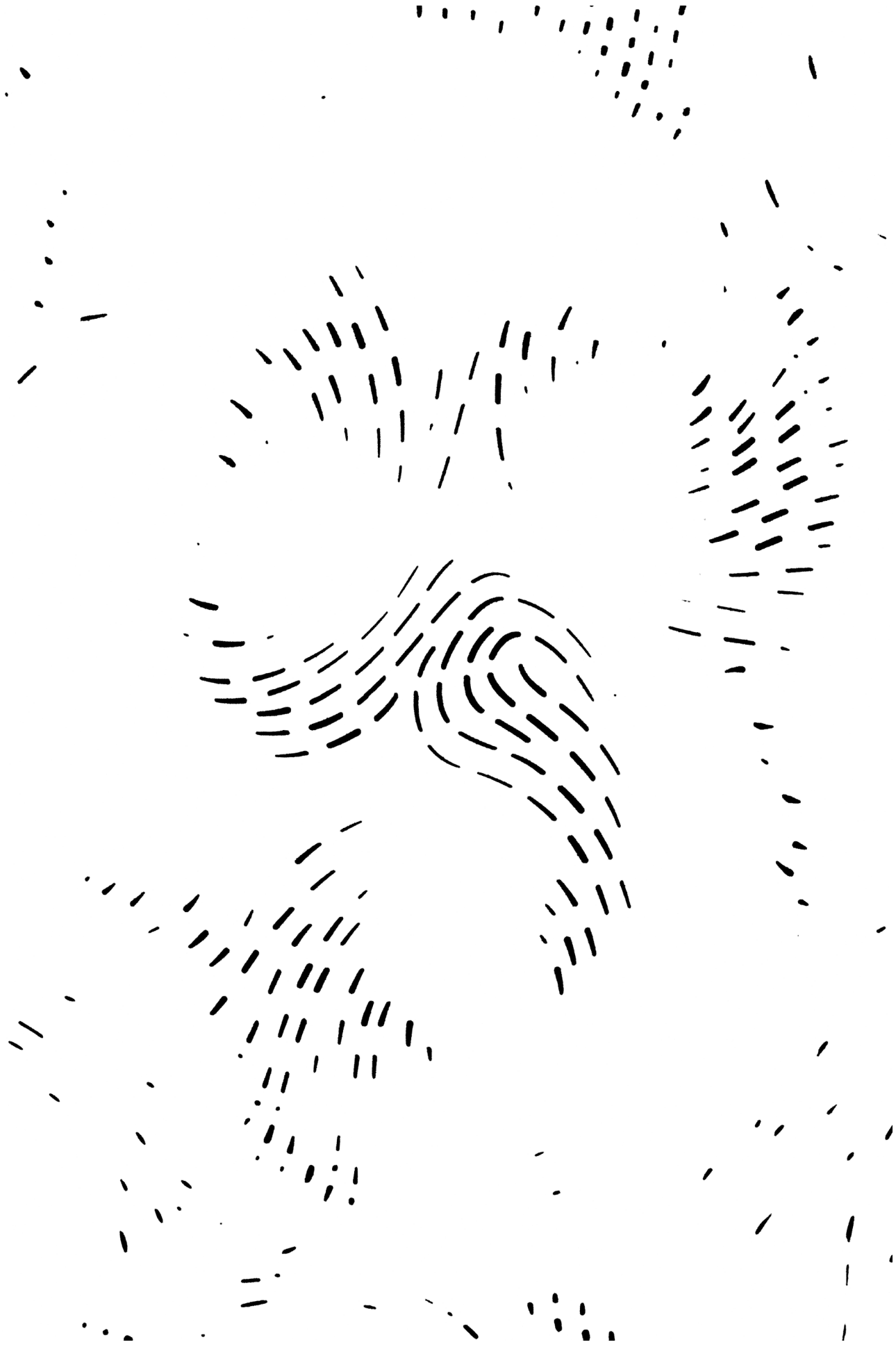
3·2023

EXCAVACIONES

GUARDA

DE

LUGAR



El conjunto de palabras que hemos congregado en esta selección responde a un orden tan arbitrario como el derivado de la organización alfabética. No atiende a la necesidad de reformular su significado a partir de la creación de un diccionario contemporáneo. Más bien busca, humildemente, recuperar una tradición un tanto olvidada que procura el entroncamiento de voces, el vínculo por afinidad para llegar al mapa, al punto de referencia que permita la ubicación en escena. Nos mueve la certeza de que tales palabras, configuran un campo de discusión profundamente dependiente de la existencia de las mismas. No es por tanto, un experimento que pretende crear una nueva lengua, y sí una tentativa de explorar sentidos que se aproximen a una nueva experiencia del mundo. Palabras, entonces, que tomadas en conjunto, dibujan una especie de mapa: menos la representación de un territorio dado, que la cartografía performativa de un territorio en disputa. Tanto en el cielo como en la tierra. Glosario parcial de una posible lengua del mundo.

En este movimiento descubrimos, que la constitución de un nuevo orden semántico no puede sustraerse del significado concedido anteriormente a la palabra, envolviéndonos en un gesto de retorno instintivo a su origen etimológico y a la búsqueda de la relación que todavía conserva el vocablo con el tiempo y las gentes que por primera vez lo pronunciaron. Como si en ese pasado que duerme en las palabras pudiéramos encontrar algo que nos habla, capas de un tiempo sedimentado que tienen algo para decirnos. Así mismo, nos orienta la pregunta por el comienzo, por la trayectoria de la Tierra en el espacio, por toda la variedad de vidas que lo componen, por su concomitancia. Por lo que es evidente, por lo que ha sido imaginado y por todo aquello que después de su desaparición ha retornado. En todo caso, buscamos escuchar las historias que las palabras nos cuentan desde el lugar de donde vienen, más que decir algo sobre ellas.

Se trata entonces de un mapa provisorio, una clasificación que no ordena ni impone jerarquías, una definición que no es exacta. Es una precaria guía que solo nos permite caminar a tientas, un inventario en contra de la convención con el paradójico propósito de acercarnos a una tímida comprensión de lo que hablamos. Este modesto ejercicio, sin embargo, encubre una operación semejante a la de la práctica antropológica de los primeros años del siglo XX que buscaba poner a resguardo

objetos, lenguas, rituales de sociedades humanas condenadas a la extinción. Es un intento de fijar, de aprehender aquello que corre el peligro de desaparecer, de dar testimonio de existencias amenazadas y posibles ausencias futuras. Es, finalmente, una corrida contra el tiempo. Salvo porque el tiempo quizá no sea lineal, y este ejercicio despierte, entonces, la imaginación de otros futuros posibles.

Encontrarán a continuación ***palabras terrícolas***, que remiten a existencias terrestres; ***palabras cósmicas***, que señalan hacia lo que está más allá del mundo sub-lunar; ***palabras monstruosas y espectrales***, que figuran lo que habita en las zonas fronterizas de la existencia; ***palabras técnicas***, que nos muestran imaginaciones hechas objeto, tan reales como inasibles. En suma, palabras de diversos órdenes, pero que se comunican entre sí. En esa conversación quisiéramos intervenir, con la confianza de que en el medio de tantas palabras se toque en algún punto aquello de lo que hablan.

PIEDRA10

14CENIZA

FUNGI18

22CORAL

LITIO26

31COMBUS-TIBLE

MONSTRUO

35

ESPEC-

40TRO

45JAGUAR

URANIO 49
54 SOL
RED 59 63
PRÓTESIS
TERRÍ 67
-COLA
71 GAIA

PLATA76
FORMA

81CRIPTO

85VACÍO

I PIEDRA

Santiago Ciordia

Si cuando hablamos de Tiempo usualmente evocamos lo que pasa, lo que no queda, lo fugaz, el extraño moverse permanentemente en el movimiento permanente; entonces la quietud de las piedras puede hacernos temblar. La imperturbabilidad de la roca.

No necesariamente porque la piedra inmóvil sea el mismo elemento que constituye las placas tectónicas. Ni porque a su vez éstas, cuando apenas se alteran, hacen que los afectos humanos experimenten temblores, terremotos, catástrofes.

La supuesta fugacidad del presente revela un conjunto de información fragmentada que destituye nuestra visión del tiempo, y nos remite, casi como en un desdoblamiento, al pasado y al futuro. También a lo que no es Tiempo en absoluto o que no permite el acceso de nuestras categorías temporales.

La piedra: resistencia, obstáculo, detención en el camino. Llevada aquí a la exasperación de ser una memoria resistiendo. La hiper-condensación de una historia de narrativas múltiples (en las que se mueven arqueólogxs, geólogxs, gemoterapeutas, sombras, destellos) ¿Qué conserva una piedra ante el avance de flujos disolutivos? Sin duda persevera en su ser mucho más que otras cosas. Mantiene en sí la inscripción de signos, huellas, alusiones.

¿No parece la soledad del pedregal callar demasiado? ¿No intuimos en un paisaje rocoso el escondrijo de un enigma? En la palabra griega *petra* no solo estaría la piedra, sino también la cueva, la gruta, el ocultamiento, el escondite, el secreto.

La certeza de la piedra es su perdurabilidad: su historia geológica tan abismalmente supradimensional para nosotros. ¿Hemos llegado a un punto donde la historia humana se mide en los estratos de piedra?

Continuarán su imperceptible transformación, notaremos cabalmente nuestro idioma compartido, nuestra mutua dependencia, la intimidad con la roca.

Piedras de albañil, de monumentos, de ciudades antiguas; ajada, pre-

ciosa, quieta y móvil pedrería que habrá de perdurar hasta eventos posiblemente ajenos a nuestra imaginación.

Si el valor mercantil (humano) de la piedra está vinculado a su dureza y durabilidad, tal vez en su variabilidad, corruptibilidad y muerte, en aquello que nos emparenta y entrelaza, se encuentre el valor inhumano de esta fuerza. La propia fragilidad de la roca.

Advertir nuestra intimidad ineludible con la piedra nos hace ver que nuestros actos están ecológicamente atados a un futuro casi inimaginablemente remoto, que tenemos que actuar a través de las escalas o entreverados en sus perturbaciones. Tal vez sea la lección en estos tiempos de piedra. Códigos de edades geológicas, recursos de piedra que se terminan, sustancias que van lentamente perdiéndose en sus accidentes. Procesos de ruina de la roca.

María Gorjón

CENIZA I

Esta intervención se inscribe en el llamado a reparar en la multitud semiótica que constituye y permea el mundo viviente, con la esperanza de encontrar allí una oportunidad para escapar al encierro simbólico en el que por mucho tiempo nos hallamos enclaustrados. Quiero decir, explorar las maneras en las que el lenguaje anida dentro de formas de representación más amplias, y cómo gracias a esto, estamos de hecho abiertos a mundos que emergen a nuestro alrededor.

Para ello es preciso preguntarnos: ¿qué tipo de mundo yace más allá de lo simbólico?

El ejercicio será abordar la cuestión a partir de un elemento: la ceniza. Podría decirse que las cenizas nos cuentan historias por decreto químico: la ceniza es el residuo polvoriento que se deposita en el lugar donde se ha producido la combustión de algún material. Organiza el escurridizo testimonio de *alguna* realidad que ardió en llamas y ahora yace pulverizada, algunas sin siquiera alterar la ecología del paisaje.

Designada a custodiar la memoria de su pasado, ella habla el silencioso idioma de las cosas, y tal vez para escuchar su murmullo habría que suspender el cantar de los pájaros, detener el soplido del viento o, como medida desesperada, frenar el paso de las hormigas. O quizás probar con algún ritual que nos permita conjurar su voz: por ejemplo, los adivinos afrocubanos le llaman *aché* tanto a su poder para hacer aparecer deidades durante la adivinación, como para nombrar un tipo particular de polvo consagrado que consideran un ingrediente necesario para lograr lo primero. Esparcido sobre la superficie del tablero de adivinación, el polvo proporciona el telón de fondo sobre el que emergen los *oddu*, un tipo de divinidades, permitiendo así que éstas hablen.

Por su parte, en inglés polvo se dice *powder*, que coincide terminológicamente con *power* que es poder. Si la coincidencia pudiese extenderse hasta volverse ontológica, se podría decir que el polvo *es* poder. La relación entre el polvo y el poder es de implicación mutua, una cuestión, si se quiere, de necesidad lógica más que de contingencia física: en el rito adivinatorio Ifá, cada uno se define en térmi nos del otro. El polvo *es* el poder convocar voces que activan otras memo-

rias, otros recuerdos, otras alegorías. El polvo es, en suma, la posibilidad de establecer otras relaciones con las cosas, extrañas y asombrosas.

La ceniza es entonces, la pieza fundamental del rito adivinatorio Ifá porque ella es la que habla a través del adivino, ella es en sí misma un recuerdo distorsionado que emite un murmullo indirecto. En una especie de trasgresión ontológica, la ceniza nos puede dar acceso a las fuerzas que rigen la realidad mundana, pero que suelen estar escondidas. Pero ese balbuceo no proviene de un pasado incinerado, sino de la ceniza misma: la ceniza constituye la fenomenología de esa realidad, de la cual no podemos percibir más que su traducción polvorienta. Como si en su fragmentaria composición (no es posible cuantificar la cantidad de granos que le proveen una vida parcialmente unificada) se insinuase con modestia y sinceridad, la precariedad que gobierna la experiencia de todas las cosas.

_FUNGI

Ramiro Galarraga

Los hongos se esparcen por el bosque mientras los árboles dan refugio sin exigencias. El reino fungi parece ajeno a todo, pero es determinante en el desarrollo biogenético del planeta. Atrás quedó la separación de otras especies, la evolución y los milenios de existencia son como la infancia que acabó de partir. Después vendrá la supervivencia a las ruinas del futuro. El tiempo es lento, casi siempre domina la quietud, la ausencia de locomoción propia hace de los hongos una repetición de la calma. A diferencia de las plantas, son organismos heterótrofos, para sustentarse acuden a la asimilación y descomposición de la materia orgánica, como si la vitalidad fuera asunto de transformar una cosa en otra. Se reproducen de modo sexual y asexual a través de esporas, se diseminan y exploran territorios. Poseen un amplio rango de hábitats, desde desiertos hasta sedimentos marinos. Entre tanto, los micromicetos contienen a los mohos y las levaduras, los macromicetos se componen a partir del píleo, el tallo y la volva. Para quien quiera imaginar puede intentar con un paraguas, el estallido de una bomba atómica o una morada para duendes malos. Pero las formas y las superficies son infinitas, rugosas, lisas, huecas, como un sombrero, como una rejilla, como un pedazo de pan. Están los hongos venenosos, capaces de provocar muertes y otros misterios. También pueden ser alimento, adornos, incluso medicinas, especialmente derivadas del género penicillium. Hasta hay alucinógenos portadores de psilocibina que ofrecen visiones tan nítidas como indescifrables, fomentan introspecciones y rituales consagrados a fuerzas extrañas. El fungi es una variedad tan grande como inverosímil, un grupo que integra a los parásitos de la materia y a los que pueden brindar sustratos elementales para otras especies. En algunos casos, estos habitantes perforan las rocas y ponen sus minerales a disposición del crecimiento de las plantas. La vida tiene muchas posibilidades, pueden alimentarse de árboles, prosperar en minas y acumular metales, soportar la radioactividad y su halo fantasma. Si están en la podredumbre de la fruta, el café, la madera, también están en la regeneración del suelo. Lo más raro es constatar que son escasos los hongos que se cruzan con el esquema de domesticación humano y sus urgencias frecuentemente ilógicas. Pese a todo, la recolección comercial permite observar las costuras del capitalismo que despliega y compartimenta recursos, lugares y especies. Para el reino fungi será cuestión de habitar y de transformar, una y otra vez, el espacio, la materia, el planeta.

CORAL

Pedro Sosa

Una roca. Pero una roca viva. Una forma de vida mineral. Miles de bocas que se abren y se cierran bajo el mar. Tal vez canten, aunque no las escuchemos. Una existencia, animal y vegetal, hecha de innumerables existencias vivas que producen su propio alimento. Polifónica armonía, como su nombre lo indica. Un verdadero concierto biológico.

¿Dónde empieza y dónde termina este ser múltiple que se despliega formando un manto óseo extendido sobre el mar? Al igual que un canto, su límite no es otra cosa más que el alcance de su potencia. Su existencia se confunde con el territorio que habita. La escena de su manifestación no es otra cosa que su misma realidad. Pura expresión de sí que a su vez produce su propia interioridad, su consistencia, su solidez: va sedimentando en sí su esqueleto. Arrecife. Una roca. Pero una roca viva. Crecer así: hacia afuera y hacia adentro a la vez.

Una estructura pétrea será lo único que atestigüe su existencia si cierto aumento de la temperatura del agua pone en peligro la continuidad de su vida. Basta una leve alteración del equilibrio térmico para producir un daño inmenso. Tres grados más, tres grados menos. Hay un ser vivo cuya posibilidad se juega en el intervalo de esa diferencia. Parece poco si se piensa a pequeña escala. Pero ¿qué inmenso poder se necesita para alterar en esa medida la temperatura de todos los océanos del mundo? Si se consuma el daño, solo quedará un enorme fósil bajo el agua, como único sobreviviente de la fiebre.

Con un poco de suerte, sin embargo, esas rocas, verdaderas ruinas de una civilización devastada, guardarán en sí, como un archivo natural, la memoria de la vida que las animó, prolífica en formas y colores. Una historia, y más que eso: una profecía; que se transmitirá como un rumor entre las piedras, las algas, el plancton, los peces, en el susurro que queda resonando en el caparazón de los caracoles. Una contracultura marítima que mantendrá viva la historia, con paciencia y con confianza, a la espera del día en que, por efecto de la acción cosmopolítica, o de la insondable contingencia de las cosas, baje la temperatura del agua y la vida renazca en esas piedras abandonadas.

Tres grados más, tres grados menos. Una roca. Pero una roca viva.

Mariano Gordillo

HELLO

Quien toma un mapa del sur del continente americano, y traza líneas para unir los territorios de Atacama, Uyuni y Hombre Muerto, forma un triángulo. La porción de tierra comprendida entre estos puntos alberga un tesoro, sobre el cual se posan nuevos intereses y demandas del capitalismo actual. Allí, bajo tierra, esparcido en salitres subterráneos, se concentran las mayores reservas conocidas de litio, el "metal del futuro". Allí, bajo la tierra salada de extensos desiertos que en tiempos antiguos fueron lagos, se pergeña un augurio acerca del porvenir.

La batería que mantiene encendido este dispositivo desde el cual escribo y desde el cual probablemente leas, y los millones de artefactos que hacen funcionar la vida-pantalla contemporánea, está compuesta de litio. Algunos países del primer mundo han iniciado su transición energética hacia una sociedad pos-fósil, lo cual ha hecho estallar la demanda y los precios internacionales del "oro blanco" en cuestión de unos pocos años. Sus ventajas comparativas no son para nada despreciables: el más liviano de los metales, el más eficiente para el almacenamiento de energía. El capitalismo necesita un nuevo combustible, y continúa el despojo de la tierra-recurso bajo la única fórmula que puede asumir: maximización de los beneficios, minimización de los costos. La tierra, indiferente, guarda en sus entrañas tesoros que alimentan la promesa de un futuro orientado hacia el progreso.

En términos geopolíticos, el litio es un recurso estratégico. Sus modos de explotación abren una serie de discusiones necesarias ¿es posible conjugar su extracción en términos de justicia social y ambiental? ¿Cómo ordenar los intereses soberanos, empresariales y la voluntad popular? ¿Cómo dar lugar en estas discusiones a las comunidades que habitan los territorios que guardan el tesoro ancestralmente? El curso que tome esta historia dependerá de las luchas, resistencias y operaciones que se pongan en juego en el terreno político.

Pero esta es una historia demasiado humana. Adoptemos una escala mayor. El litio es uno de los elementos producidos tras la Gran Explosión, el principio de toda historia. En los tres primeros minutos del Comienzo se habría formado el litio. Se lo ha identificado en estrellas jóvenes y en meteoritos que rondan el Sistema Solar. En este sentido,

el litio es materia cósmica, que permanecerá luego de nuestro más prematuro o aletargado fin: un futuro-sin-nosotros.

¿Es posible interseccionar la historia humana y la historia cósmica en un mismo registro? No perdamos de vista lo siguiente: al final, como al comienzo, el oro blanco perderá su brillo para ser, nada más, polvo de estrellas.

COMBUS
TIBLE

Guido Bovone

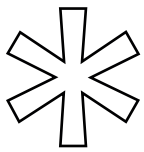
El combustible tiene color, peso, olor y forma. Combustible espeso, opaco, viscoso. Combustible que da náuseas, que huele a *tiner*, que gorgotea como un espanto. El combustible se consume, se extrae y se explota. (No en ese orden claro). Estas son sus tres características fundamentales.

El combustible se consume. Otras formas de energía serán, tal vez, nuevas fuentes de energía, pero nunca combustibles. Precisamente porque el combustible se consume y la demás se usan, se canalizan, se aprovechan. Pero solo el combustible se consume. Eso, porque el combustible combustiona. Explota y desaparece. Deja de existir. No vuelve, no retorna, no regenera. *Boom*. *Ergo*, el combustible es unilineal. Tiene un sentido teleológico. Carece de circularidad, y su única dirección es hacia adelante. No es casual, por ende, la primacía del combustible en nuestra modernidad. No es casual tampoco la primacía del tren en nuestra revolución industrial, pero no por las supuestas ventajas mercantiles que el tren acarrea, sino por su carácter de ícono ejemplar de la unilinealidad. La teleología moderna que comparten la historia y el combustible.

El combustible se extrae. Arqueología, prehistórica, semiológica, forense, del saber. Arqueología subterránea, inconsciente, sospechosa. ¿Cuán significativa es la búsqueda de desenterrar lo oculto? ¿Cuánto de saqueo hay en esto? Para obtener petróleo se debe descender a las profundidades y literalmente succionar lo orgánico del pasado.

El combustible explota. Eso ya lo dijimos. El combustible se explota. Hacia dentro y hacia afuera. ¿Por qué se lo esconde de la vista en los automóviles, donde el tanque se encuentra en la parte más profunda de las tripas? Se separa de lo que produce. Binomio irreparable de la distinción *habitáculo confortable/sala de máquinas infernal*. Cómo si se quisiera devolverlo a las profundidades a las que pertenece. 3º círculo del *Inferno*.

Queda así diagramada una telaraña materialista del combustible, suspenso entre infinitos puntos de fuga que le dan sentido ¡Y queda así indicado su desmontaje!



MONSTRUO

Jazmín Acosta

Del latín *monstrum*, denota un prodigio, "suceso sobrenatural que testimonia una señal de los dioses"; "ser que presenta anomalías o desviaciones notables respecto de su especie"; "ser fantástico que causa espanto"; "persona o cosa muy fea".

Si bien el monstruo fue concebido en la antigüedad como figura del desborde y la anomalía, de la ruptura del *nomos* -una entidad situada por fuera de la economía del ser-, era *a la vez* figura de irrupción de lo divino. En diversas culturas y regiones del globo a lo largo de las eras, dioses zoomórficos (híbridos) fueron catalogados como "monstruos" bajo la mirada occidental. No existe prácticamente ninguna mitología que no invoque, convoque, aluda o refiera a alguna figura monstruosa o a alguna forma de la monstruosidad (la Gorgona, dragones, chupacabras, vampiros, zombis, cyborgs, entre otros). También se consideró "monstruo" al extraño-extranjero, aquél cuyo origen se sitúa -como el de los dioses- en lugares remotos, en los confines de éste o de otros mundos: el "bárbaro", el "salvaje…" *Alien*. Este implacable monstruo de ciencia ficción revela una característica común a todos los monstruos: su *resistencia*, y las dificultades que tenemos para lidiar con ellos (en la realidad, en la ficción, en la metáfora): como figura-límite, ellos escapan a las determinaciones e intentos de domesticación y de asimilación. *Se mantienen al margen*, desde donde cuestionan -y desmienten- nuestra "humanidad".

Anomalía y distorsión del cuerpo "propio", *metáfora* de una otredad *inasimilable*. "Naturaleza" que es "anti-naturaleza", o la naturaleza en su potencia excesiva, en su exceso desbordante. Lo humano más allá de sí mismo (supra-naturaleza: superhombres o dioses); o "lo in-humano" dentro de sí: *Mr. Hyde*. Espejo siniestro del *yo*, lo extraño ominoso en el seno del 'mismo': *Das Unheimlich*. El *monstruo moral* ejemplifica la *perversión*, los "desvíos" de nuestras "humanas inclinaciones". Otros monstruos (no-humanos) aparecen como hijos queridos (y no) de la técnica, encarnando en su inocencia culpable cierta mala conciencia humanista ante impulsos prometeístas cuyos resultados son percibidos como advertencias o amenazas (*Frankenstein*, el primer cyborg de la historia; el niño de *Inteligencia artificial*). Tanto el monstruo moral de las sociedades disciplinarias como los *cyborgs* de la ficción señalan, permeando, los límites de una comunidad, de un "nosotros".

El sueño del capital, como el de la razón, también engendra monstruos. Al calor de las primeras fábricas, entre jornadas extenuantes de trabajo y de labor, nace una nueva forma del *monstruo político*: no ya *Leviatán* como figura que concentra el poder soberano, sino la *multitud*. Lo que en ella es potencia, y potencia monstruosa, excesiva, indómita e "inadaptable", es la carne. Como potencia, ésta resiste y se rebela contra el biopoder. El monstruo es así potencia amenazante, pero también *potencia liberadora*.

El monstruo también seduce, como Lamia. Y fantaseamos con que nos convertimos en uno, o con que nos posee tomando todas las formas, hasta las más sutiles, como la forma del agua (esa liquidez en la que todo -incluso lo monstruoso mismo- parece disolverse y flotar liviano, indistinto y sin bordes, casi como cualquier cosa…). Absorberlo, disolverlo y, así, absolverlo…. Disuelta su figura, el monstruo indiferenciado exhibiría su propia monstruosidad como *deseable para el consumo*. ¿Es posible con-fundir al monstruo, reducirlo a/en esa *lógica zombi* de la devoración? ¿Será mejor mantenerlo sustraído de ese movimiento (monstruoso) de la Razón y del Capital por el cual todo es engullido, incorporado y metabolizado en la barriga trituradora de lo Mismo? ¿Necesitamos de los monstruos? ¿Para qué los necesitamos? ¿Qué monstruos vemos, qué vemos como monstruo, qué monstruos seguimos engendrando?

Creamos monstruos y "cosas monstruosas", si por tales entendemos entidades, objetos, cosas y fuerzas que apenas podemos dominar, sea por su naturaleza inestable o por sus efectos no deseados ni previstos: motores a combustión, armas nucleares, pesticidas, venenos… Esto que en sentido figurado llamamos "monstruosidades" (y que son sin dudas sofisticados logros de las antropotecnias), se traduce en la posibilidad *real* de ocurrencia de un colapso que ya estamos comenzando a transitar. Existe un monstruo que acecha como sombra ubicua, desajustado y cada vez más "*out of joint*". Uno cada vez más inclemente e imprevisible, cuya aparición precipitamos ignorando sus inclinaciones. Uno del cual nada ni nadie podrá escapar: *el clima como monstruo*.

Punto de fuga, apertura y salida de un "sí mismo" "claro y luminoso": *hybris*. El monstruo es en algún sentido *una fábula de la filosofía*: lo desconocido para la sensibilidad y para la Razón que, en su diferen-

cia, *provoca nuestra aprehensión* -a la vez que la resiste. Pertenece al orden del mostrar a través de *narraciones*, sean mitos antiguos o modernas historias de ciencia ficción. Crea así a su paso diferentes *regímenes de visibilidad*: es del orden de la materia y de la luz. Es *alguien*, *algo*, con lo que podemos componer y, tal vez, *compostar*. O al menos esa parece ser la promesa.

Paola Baselica

ESPETRO

Un espectro es una presencia parcial: está ahí, y, sin embargo, tampoco está del todo ahí. Efectivamente, al pensar los espectros asistimos a una interesante conjunción de lo extraño y lo espeluznante. Por un lado, los espectros son aquello que no pertenece (una cosa donde no debería haber nada); pero, por otro lado, también implican la ausencia de algo que debería estar presente. En este sentido, los espectros son tanto el fracaso de la ausencia como el fracaso de la presencia: deseo sin falta absoluta. Ahora bien: todo lo que existe es posible únicamente sobre la base de una serie de ausencias que lo preceden y le permiten tener consistencia e inteligibilidad. Esa serie de ausencias (los espectros) no representan el remanente de algo muerto y perdido, sino una presencia atemporal y extraña, una parte (necesariamente reprimida) de lo real que regresa una y otra vez, atormentándonos. Lo simbólico nunca puede saturar lo real, y el espectro, como aquello que no puede ser acomodado en lo simbólico, produce un antagonismo fundamental porque manifiesta la parte de lo real que debe ser abandonada si la realidad (en la forma de lo simbólico) ha de existir. Son justamente esta serie de espectros y su incansable acecho los que forman la estructura de toda hegemonía. Cuando lo real irrumpe, repentinamente desaparecen las pantallas que nos aíslan, a nosotros, calmos espectadores de lo real, del antagonismo y la violencia.

¿Qué es un fantasma? ¿Qué implica la efectividad o la presencia de un espectro, es decir, aquello que parece inefectivo, virtual, insustancial, como un simulacro, pero que sin embargo produce efectos reales? ¿Está eso ahí, entre la cosa en sí misma y su simulacro?

La ontología tradicional piensa al ser en términos de una presencia idéntica a sí misma, pero la figura del espectro no está completamente presente y por lo tanto no puede ser objeto de la ontología. En su acepción cotidiana, el espectro señala una relación con aquello que ya no es más, pero también puede pensarse como una relación con aquello que todavía no es, designando esos futuros pasados irrealizados que siguen persiguiéndonos en el presente. Los espectros son, en este sentido, el reflejo de un legado de futuros no materializados, de utopías frustradas que aún resuenan en el aire como notas de una melodía inacabada. Encontrar los modos de acecho (haunt) de aquellos espectros que no están del todo muertos ni del todo vivos es justamente la tarea

de la hauntología que, como la sombra de toda ontología, invoca sus aspectos fantasmáticos, aquellos donde la ausencia es secundaria (es lo reprimido de) respecto de la presencia. Los espectros habitan en medio de la ausencia y la presencia (ese espacio que se abre entre Ser y Nada), y la ontología se les opone solo a partir de un movimiento de exorcismo.

A través del mecanismo de la represión, entonces, lo que fue olvidado es al mismo tiempo preservado. ¿Qué significa este duelo fallido, este negarse a dejar ir al fantasma? La renuncia a abandonar el deseo de futuro otorga una dimensión política a la melancolía, revelándonos que la fijación morbosa con la exploración del miserable vacío que se encuentra en el centro del hedonismo es solo una forma de mantener el espectáculo en funcionamiento. Negación: rechazo a acomodarnos en los horizontes cerrados y las satisfacciones mediocres que ofrece lo ya existente, donde el entretenimiento como mecanismo pacificador y el ocio meramente convaleciente son la otra cara del trabajo alienado. Resentimiento y no desprecio, cinismo o condescendencia. Resentimiento y descontento: el comienzo de la resistencia contra la positividad obligatoria. La identificación de los espectros con la muerte y la negatividad ininterrumpida de su impulso distópico parece conducirnos a un nuevo gesto utópico, donde la aniquilación deviene la condición de lo radicalmente nuevo. Con su negatividad implacable, los espectros se niegan a continuar con la farsa.

Sin embargo, en el campo libidinal abierto en el presente no hay terreno fértil para tradicionalismos enfocados hacia el pasado. El espectro, entonces, no como nostalgia, no para recuperar una identidad perdida, sino para conjurar el Afuera, para invocar el espectro de un mundo que podría ser libre. Este movimiento implica una confrontación con aquella construcción espeluznante que forma las bases de nuestra realidad económica y política, implica un adentrarse en comarcas neblinosas para presenciar las secuelas de una época, en el que los residuos y las huellas de otros momentos eufóricos acechan un paisaje melancólico. El asedio de los fantasmas colorea los lugares en momentos particularmente intensos, durante este presente de transición y traspaso, para abrir senderos temporales completamente ajenos.

Las alternativas no están sobreescritas o borradas, sino que regresan como un simulacro de sí mismas, familiares, fantasmáticas. Sin embargo, algo está claro: seguiremos siendo incapaces de imaginar futuros posibles en nuestro propio tiempo, a menos que logremos exorcizar los espectros de aquellos futuros perdidos del pasado.

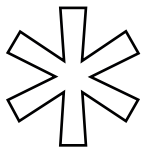
JAGUAR

Manuel Preciado

En guaraní el yaguareté o fiera de verdad (*Panthera Onca*) es un felino propio del continente americano. Tiene la mordida más poderosa entre los felinos de su género (*Panthera*) y las manchas de su piel se asemejan a la *Thunbergia alata*. Además de su apariencia y su capacidad predatoria, el jaguar conjuga sentidos irreductibles según su forma de aparecer, sus relaciones de parentesco y su paso entre los mundos de lo vivo y lo muerto.

La emboscada es un ataque propio de las especies predatorias que se caracteriza por ver sin ser visto. El jaguar suele atacar de noche porque ayuda a aumentar el logro de su propósito. Sin embargo, la mirada del jaguar, su observación, es también el modo de relacionarse con todo lo que hay: el jaguar es quien ve cuando *jaguariza*. Jaguarizar es adoptar la mirada predatoria, significando que a veces quien ataca es jaguar, como las tortugas, los humanos y los osos hormigueros. Hay dos sentidos para comprender esta observación. Por una parte, la mirada del jaguar hace que su presa sea necesaria porque se distingue de todo lo demás. Este sentido unidireccional implica no ser visto a los ojos, no puede convertirse en objeto de otro predador a riesgo de dejar de ser jaguar. Si hay la sospecha de ser visto el jaguar no ataca. Por otra parte, el jaguar es la tercera persona del singular, el jaguar es adyacente a su narración. Cuando el jaguar dice *yo* ya no es jaguar, por tanto, el narrador del jaguar siempre es un otro observado por él, está en el punto ciego del narrador.

El jaguar es adyacente sin ser horizontal, su parentesco se compone de tíos, primos o cuñados; un familiar ya muerto o el simulacro de un espíritu. El ropaje del jaguar es el hábito del acecho, pero debajo hay un familiar que no es hermano, ni hijo, ni padre. Existe la costumbre entre los pueblos amerindios, con los cuales el jaguar comparte territorio, de desnudarse para *recordarle* al jaguar que debajo de la piel moteada hay un humano. En este sentido, el jaguar ve a los otros jaguares como humanos, pero ve a los humanos como presas. Devenir jaguar, *jaguarizar*, es una transformación que solo los guerreros y los chamanes pueden lograr: estar en medio sin ser uno u otro, pues no salir de allí es peligroso, es también volverse predador y presa, vivo y muerto, en un mismo gesto.



URANIO 91

Gonzalo Gutiérrez Urquijo

Momentos antes de desaparecer del universo observable y transformarse en un agujero negro, el interior de una estrella de neutrones se encuentra pletórico de materia degenerada.

Poco queda de su vida anterior, cuando supo ser una estrella luminosa y masiva, quemando combustible por el breve lapso de unos eones. Luego de muchas muertes, su núcleo convulsiona ahora bajo una fina capa de plasma ferroso. Un horizonte oscuro acecha desde el interior.

Cediendo ante la gravedad de su propia tarea, la estrella gigante menguaba poco a poco, dando lugar a una frenética fusión de elementos. Contrayéndose capa tras capa, sintetizó helio, carbono, oxígeno y neón, magnesio y silicio. Pero, llegado el hierro, encontró un umbral infranqueable. En el núcleo del átomo de hierro –que es también el núcleo de la estrella– la materia incandescente ya no liberaba energía. Cuanto más de ella creaba, más de sí absorbía. Ya nada lograba salir.

¿Ocurrió ya el colapso o está siempre a punto de ocurrir? Antes de que la explosión se desate, una implosión imperceptible traza a contramano su fisura. Envenenado con hierro hiperdenso, el núcleo se desploma sobre sí. Ya nada sostiene la estrella.

Sus capas externas se derrumban y rebotan, resuenan y se fugan. Sus límites se pierden en el fondo de un universo que se ilumina con los colores de una supernova. Se siembran en el vacío nuevas y nutritivas partículas: oro, plata, zinc, cobre. Elementos enriquecidos por el último estertor estelar.

Pero hay aún algo más. De la explosión resta un cadáver tan intenso como pequeño: tiene el tamaño de una ciudad humana, pero pesa como un sol y medio. Su densidad es comparable a la de un núcleo atómico. Subatómica, la estrella es también subestelar. Casi todos sus electrones han sido absorbidos, aplastados por la implosión de los sucesivos colapsos. Sin lugar para alojar el vacío sobre el que antes vibraba, el núcleo ha devenido una monstruosa pasta de neutrón. Sus partículas están locas. Montadas sobre sí en todas sus fases y en todos sus espacios, tienen poco lugar y mucho momento. Si llegase a engullir más masa, reduciría incluso su radio. Es puro movimiento, no tiene

dónde ir.

Mientras sus rastros materiales se quiebran y comprimen, rotando furiosos alrededor de una invisible singularidad, el gigantesco campo magnético de la estrella pulsa llamando al horizonte.

Aunque la corteza se mantenga todavía sólida, su destino se encuentra sellado. Condenada, como toda cosa, a encontrar un modo que la limite, la estrella de neutrones atisba a la distancia otra de su misma clase. Cada partícula es un horizonte para otras partículas. Las estrellas gemelas han cruzado el más allá para encontrar, en el final, sus caminos idénticos y desdoblados. Un mismo lugar inocupable las extingue. ¿Qué quiere decir que se atraigan? Girando se acercan, confundiéndose entonces en un último y exagerado remolino. Se retiran de sí, entregan la causa y se aniquilan. Una vez más: aquello que eran, lo explotan. Dejan de ser distinguibles en este universo.

Estamos de acuerdo: una kilonova es un montón. Pero ¿qué es este centro vacío e invisible sobre el que nada, a fin de cuentas, se sostiene? ¿Cuál es la fuerza que comprime con tanta furia, creando un análogo cósmico de lo que a escala atómica sucede? Al borde del agujero negro, algunas partículas son engullidas y otras escapan surfeando oleas de neutrinos. La inmensa energía liberada enriquece aún más los átomos y así, en condiciones tan extremas, nace por fin el uranio.

De todo lo anterior se deduce la necesidad de una arqueología galáctica: un registro de las estrellas que se han hecho elemento. El uranio es, en este sentido, un material que despierta particular interés. Se trata del átomo más pesado que naturalmente se encuentra en la Tierra. Su nombre es sinónimo de límites sobrepasados. Es el cielo, el último planeta descubierto, el impulso revolucionario, el último elemento “natural”. Es la materia de una explosión cuya energía arrastra las numerosas muertes de una estrella. Una vez uranizados, no podemos volver atrás.

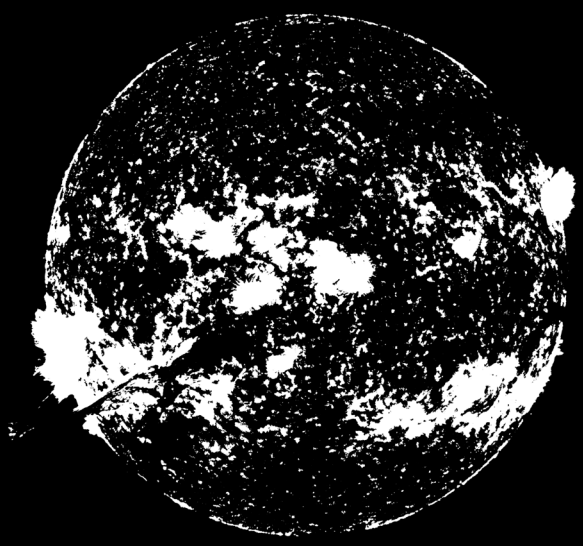
Todo está allí, comprimido al borde del caos. Todo está listo para volver a explotar, pero explotar no es lo mismo que volver al caos. Se explota por estar demasiado cerca de lo que comprime. Y lo que

se comprime es siempre mayor que lo que se puede soltar.

Es cierto que hay poco uranio en Urano. Pero puede que allí encontremos, después de todo, razones para imaginar que existe algo más que una equívoca analogía entre el modelo atómico y nuestro sistema solar.

Pablo Pachilla

SOL I



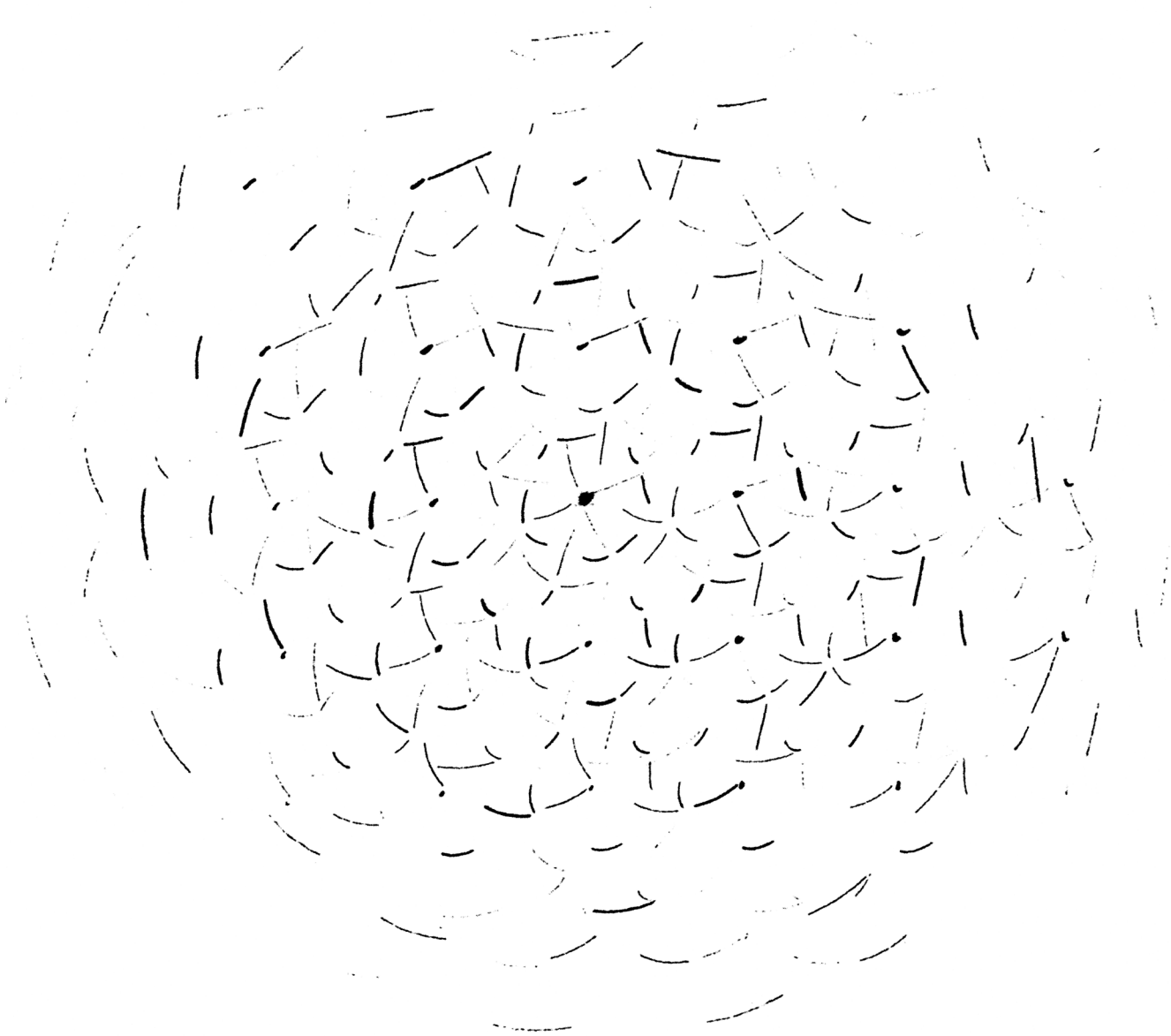
Dependemos de Ello para absolutamente todo, para la vida misma. La energía de nuestro planeta proviene casi enteramente, de forma directa o indirecta, de su influencia o de nuestro movimiento a su alrededor. Se puede llegar de acá a allá y viceversa en solo 8 minutos y 18 segundos -solo en caso de ser un fotón; de lo contrario, por el momento se dificulta cruzar los 149600000 km que nos separan, y, en caso de que te acercaras, te pasaría lo que al desgraciado Ícaro. Es nuestra estrella más cercana, el centro del Sistema Solar -un minúsculo lugar dentro de una de las dos billones de galaxias observables—. Existe hace unos 4570 millones de años y existirá por otros 5000 millones de años más.

Las civilizaciones humanas lo han adorado como dios desde que existen los dioses: Šamaš, Sué, Ra, Atón, Suria, Helios, Apolo, Sol Invictus, Eki, Magec, Tonatiuhtéotl, Nanāhuātzin, Kinich Ahau, Inti, Meri, Kûarasý, Kisosen, Kren, Tawa, Wi, Napioa, Saulė, Päivätär, Amaterasu, Tokapcup-kamuy, Anyaanwū, Akycha, Malina, K’inich Ajaw, Bila, Tamanui-te-rā, Haashch’éél̨ti’í, son algunos de sus nombres, cada uno con sus propias características e historias. Innumerables templos le han sido consagrados. Tiene dos virtudes esenciales para los vivientes: la luz y el calor. Sus ciclos han ordenado no sólo la existencia humana y la agricultura, sino la vida misma, empezando por la fotosíntesis y creando, a partir de ahí, patrones que se replican y se extienden, mutando cada vez.

En Ello se juega la ambigüedad esencial de la ontología: esa oscilación entre lo trascendental invisible de la luz y la trascendencia de lo que ilumina. Por un lado, hay una trascendencia del Sol con respecto a la Tierra. En tanto trascendente, si bien no puede ser humano -de ahí que sea un dios-, sí puede irradiar, no solo existencia a los humanos en general, sino también participación en su poder regulador a algunos humanos en particular -es inalcanzable, pero algunos se acercan más que otros—. Tal vez por eso, a lo largo de la historia humana, se lo haya asociado tantas veces con la soberanía: del faraón -hijo de Ra-, del villac umu -el sacerdote máximo del Sol en el Tahuantinsuyu-, del rey -no es casual que justamente el representante de la monarquía absoluta haya sido llamado “el Rey Sol”—.

Por el otro, es trascendental en la medida en que no pertenece al mismo orden de aquello que hace ser. Por eso, Nanāhuātzin tuvo que arder en el fuego abandonando su condición empírica para convertirse en Tonatiuhtéotl. Es, como el Bien, aquello que ilumina y hace ser a lo real que es más real que lo real. Está más allá del ser, puesto que lo ofrece como regalo. Ilumina todo y hace posible la visión, pero por la misma razón, no se puede ver directamente. La filosofía europea dio un vuelco cuando identificó su movimiento con aquel que se había producido en astronomía al postular que Ello, y no nosotrxs, era el centro. Que nuestro suelo se movía. Entre el Sol y el Suelo hay una relación inescindible para nosotrxs. La Aufklärung, les Lumières, el Iluminismo, quiso —acaso al igual que lxs aztecas, lxs hopi o cualquier otro pueblo— iluminar el Suelo a partir del Sol.

Desde el siglo pasado, sabemos que la distancia que nos separa no es solo espacial, sino también temporal. Sus rayos tardan 8 minutos y 18 segundos en llegarnos. Aunque pudiéramos verlo, lo veríamos tarde. No veríamos su presente, sino su pasado. Dicen que no se puede mirar directo ni al sol ni a la muerte. Pero tal vez se puedan ver los dos al mismo tiempo. Imagino un ser vivo dentro de 5000 millones de años, mirando en su dirección con la ayuda de algún dispositivo aún no incorporado, sabiendo que comenzó a dejar de calentar, y por ende de dar vida. Durante esos 8 minutos y 18 segundos, estará viendo al dios vivo, aunque ya estará muerto.



_RED

Sofía Benencio

Hace días miro mi mano. Miles y miles de neutrinos la atraviesan por segundo. Cuando ordeno el escritorio esperando que se prenda la computadora, mientras amaso una mezcla de semolín, harina y huevo, justo después de levantarme del suelo; no puedo evitar detenerme un momento a mirarla. Trato de calcular cuántos neutrinos la atraviesan si pasa un minuto y mi mente responde "muchos". En una ocasión agarré la calculadora para darme la sensación de estar haciendo una operación un tanto más seria, porque son neutrinos cósmicos los que estoy calculando y la mayoría de ellos viene del Sol. Hace días la miro; no parece ser una mano distinta a la que veía antes de leer sobre la existencia de los neutrinos en la terraza. La miro, en realidad, con la ilusión de sentir algo, porque ya sé que los neutrinos no se pueden ver.

Tampoco puedo sentirlos, entonces trato de pensarlos: otra cosa más que nos conecta con el Sol. Demoran poco más de ocho minutos en llegar desde allá, lo mismo que demoro en elegir un libro y subir a la terraza.

Vuelvo a pensarlos. Esta vez voy un poco más allá del intento: otra cosa más que nos conecta con el Sol. Recuerdo la introducción del documental que registra el lanzamiento del primer satélite geoestacionario argentino: el ARSAT-1. Esta introducción se ancla en una de muchas precisiones técnicas que alberga el documental, como si fuese el inicio de un viaje técnico. Está enunciada en lengua mapuche, pero tiene subtítulos en castellano, por eso puedo entenderlo:

> *Miramos al cielo porque tal como es arriba, es abajo.*
> *Y tal como es abajo, es arriba.*
> *Y tal como es en el cielo, es en la Tierra.*

Los neutrinos son la porción conocida de la materia oscura que existe en nuestro universo. Una porción que no implica más del 5 por ciento de su totalidad. Por supuesto, ni la parte ni el todo pueden verse. Aún más, no sabemos qué es ese otro 95 por ciento. Pero está allí y podemos afirmarlo gracias a las leyes de la gravedad. Está allí y pesa cinco veces los átomos que conocemos. La mayor parte de nuestro universo es invisible.

Desde su invisibilidad atraviesa todo el espacio. Un hilo, dos hilos, un número de hilos que solo puede estimarse a través del cálculo computacional, conectan la materia oscura de nuestro universo reunida en grumos, en islas, por la fuerza de la gravedad. Hilos, láminas, filamentos, forman una red cósmica interconectada; conexiones similares a las que visualizamos en las neuronas de nuestro cerebro, pero a escala aumentada. "Escala aumentada" me repito hacia adentro y la sensación que se produce es la de una interrupción intempestiva. No es el zoom gentil y delicado de una cámara digital. El peso de la escala lo perturba todo, como el peso invisible de los átomos de la materia que no conocemos.

Miro mi mano de nuevo mientras escribo. Todo eso está *allí y acá*. La giro para poner la palma hacia arriba suspendiendo el murmullo del teclado. Apenas veo una red de pliegues pequeños conectados a tres pliegues más grandes.

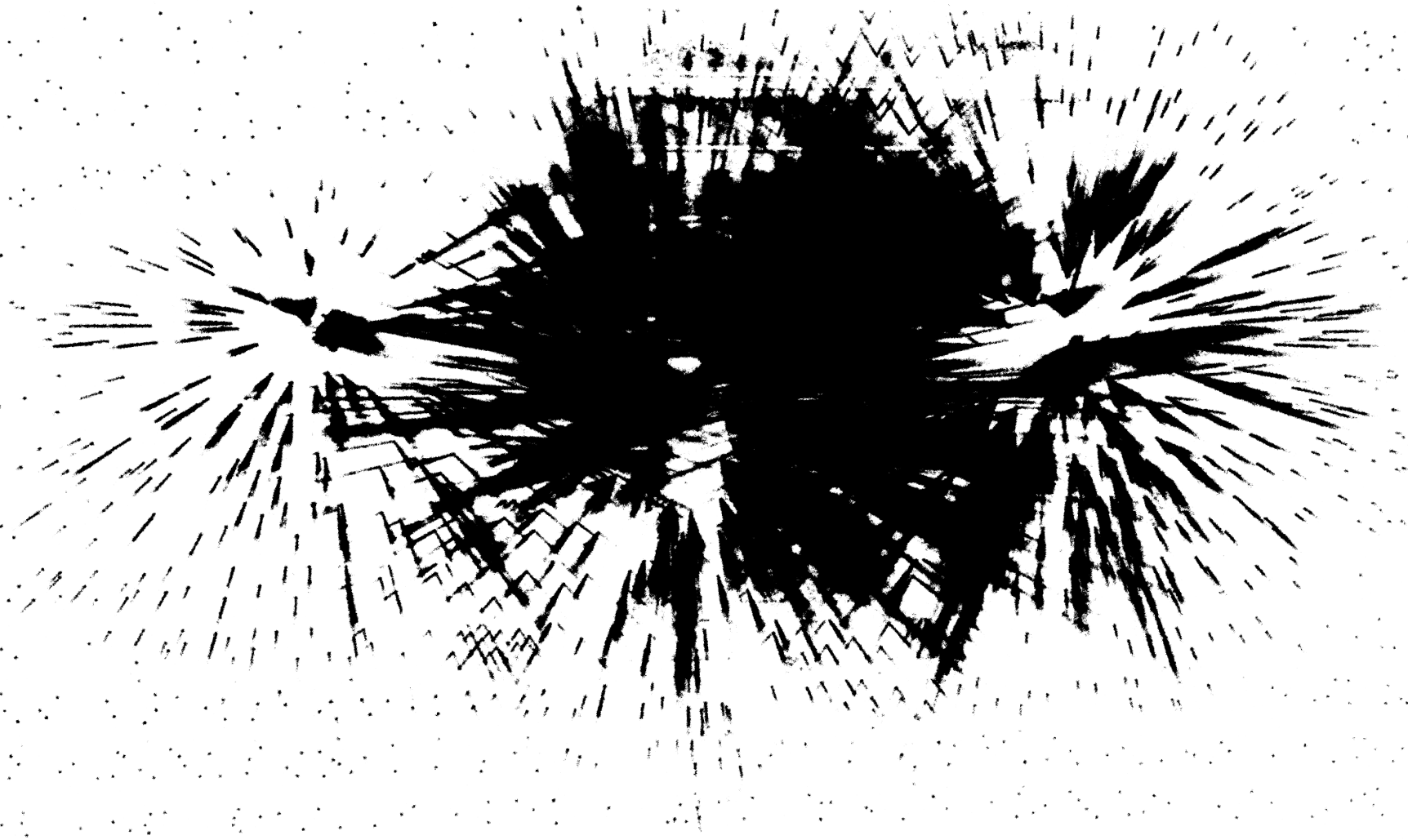
Red. Unidad. Orden. Intercambio estas palabras y busco tensionarlas entre sí. Las pongo a discutir. Esta red cósmica mantiene una estructura unida. Unidad no equivale a orden. Unidad no equivale a consenso. Tampoco equivale a la ausencia de conflicto.
Lo que no se muestra, lo que no podemos ver, lo que se niega.

Así en el cielo como en la tierra.

Si en el cielo lo invisible vino a dar cuenta de una red, en la tierra es la red la que podría echar luz sobre lo que aún se sostiene *invisible*: los límites materiales del lugar que habitamos. Dicho con mayor precisión, nuestros propios límites materiales en tanto agentes de estas redes. Nuestra historia universal, pasada y por venir, la de las estrellas, la de los montes, la de los planetas, la de las hormigas, la del polvo cósmico, la del hidrógeno y el helio, la nuestra y la de nuestros ancestros, así en el cielo como en la tierra: no se repite, tampoco rima necesariamente, pero tiene forma de red.

PRÓTESIS

Yanina Solís



Una hiperstición: el Antropoceno es una prótesis de Gaia. Utilizo el término prótesis conforme a su raíz epistemológica griega, compuesta de *pro* (antes) y *thesis* (conclusión). Se trata, entonces, de una etapa anterior a un momento conclusivo, donde se alcanza una solución o se concluye algo.

Antropoceno es un término utilizado por las ciencias de la Tierra, el paradigma de la complejidad, la antropología y la filosofía, para designar una era geológica donde la acción del ser humano se ha desarrollado en una trayectoria destructiva capaz de hacer desaparecer la vida sobre el planeta. A continuación, me propongo observar este fenómeno desde dos aportes de la física contemporánea: la **Integral de caminos** de Richard Feynman y el **Desdoblamiento del tiempo** de Jean Pierre Garnier Malet.

Según el principio de Fermat, desde el siglo XVII sabemos que la trayectoria real que sigue un rayo de luz entre dos puntos es aquella en la que emplea un tiempo mínimo en recorrerla. Es decir, la luz siempre sabe cuál es el camino más eficaz, sin pérdida de energía. Tres siglos más tarde, el físico de partículas Feynman se hizo la siguiente pregunta al respecto: ¿cómo es que la luz siempre sabe por dónde avanzar? Su interrogante lo llevó a uno de los descubrimientos más importantes en el campo de la física cuántica: la luz recorre todos los caminos. Por extraño que parezca, así es como sucede: la luz, al encontrarse con un obstáculo (desafío) para continuar en su trayectoria, se pregunta: ¿cuál es el mejor camino para seguir avanzando sin perder energía? ¡Atención! En ese momento, la luz se desdobla. ¿Se qué? Se desdobla, es decir, se copia a sí misma en múltiples partículas virtuales que recorrerán, en un tiempo imperceptible (para las partículas reales), **todos los caminos disponibles**. Muchos caminos serán de avance y otros tantos de destrucción. Luego, al final del tiempo asignado para tal ejercicio, cada partícula virtual envía la información de su trayectoria a la partícula real que, fuera del desdoblamiento, integra dicha información en una ecuación exacta (la integral de caminos de Feynman) que le dirá por dónde continuar su siempre perfecta evolución.

De esta manera, el tiempo vivido por las partículas virtuales funciona

como una pro-thesis del tiempo real, un tiempo que no existe (porque vive en la antimateria) y que es utilizado por la luz para obtener su solución. **Lo que Feynman nunca supo contestar es por qué algunas partículas virtuales, al final del desdoblamiento, se alinean con el camino real y avanzan con la luz, mientras que otras aparentemente "deciden" desaparecer en sus trayectorias destructivas.**

En el siglo XXI, el astrofísico Jean Pierre Garnier Malet ha complejizado estas ideas en su ya comprobada teoría del desdoblamiento del tiempo. Para este científico, la capacidad de desdoblarse en el tiempo en busca de respuestas evolutivas no solo la posee la luz, sino cualquier objeto capaz de ser afectado o de afectar la gravedad. Así, el objeto Tierra, con su carga gravitacional bien definida curvando el espacio–tiempo, también esta desdoblado.

Finalmente nos acercamos a las preguntas que importan: si la luz, en tanto ser que se desdobla, siempre sabe cómo avanzar eficazmente, la Tierra ¿también debería saberlo? La desconexión ser humano-naturaleza, con sus devastadoras consecuencias en la era del Antropoceno, ¿puede ser acaso una trayectoria destructiva vivida en un tiempo aun no real, una pro-thesis de Gaia para su expansión? ¿Será que, como en la integral de caminos de Feynman, nuestro mejor futuro ya existe, y solo debemos aprender a recibir la información que nos saque del desdoblamiento y nos alinee con la trayectoria real de Gaia? Pienso en estas cosas mientras escucho el indetenible tic tac del reloj de la oficina.

_TERRÍCOLA

Agustina Piumetto

Por lo general, terrícola es un término empleado para nombrar entidades de origen terrestre. En un sentido restringido, podría pensarse que alude únicamente a nuestra especie, la humana, como ocurre en el contexto de la ciencia ficción. Terrícolas son, en la mayoría de los casos, humanos concebidos en clave blanca, masculina y heterosexual. Terrícolas que encarnan una idea del *anthropos* como entidad unificada vinculada al proyecto de la Modernidad europea. Humanos que se asemejan a los representados en las placas de las sondas Pioneer 10 y Pioneer 11, enviadas al espacio en 1972 y 1973, para los programas de exploración espacial de la NASA. Humanos de cuerpos no encarnados que pretenden representar, de forma antropocéntrica y universal, a todxs Lxs-Confinadxs-De-Esta-Tierra.

Sin embargo, al atender a su etimología es posible discutir dicho sentido. El vocablo, del latín terricŏla, se compone de una simbiosis entre terra y cola. Terrícola designa, por un lado, a la multiplicidad de entidades que provienen-de y *habitan* esta Tierra, y no otra. Terrícola deviene plural, terrícolas, para asumir la implicación radical de la simpoiesis. Por otro lado, el sufijo cola, también procedente del latín, habilita una segunda consideración. Terrícola no solo apunta a los diversos modos de existencia que pueblan Terra, sino que también señala a aquellos que la hacen, a aquellos que la *cultivan*. Esta alusión al cultivo permite preguntarse no solo por cuáles, quiénes y cómo son esos habitantes, sino también por el modo en que ese habitar sucede, se produce, se genera. Así, la pregunta por los modos permite pensar en la gestualidad implicada en el ser terrícola.

Pensar a los terrícolas desde sus gestos exige mirar en conjunto aquello que no debe separarse. Lxs-Confinadxs-De-Esta-Tierra requieren de una historia de vida menos lineal y binaria, más tentacular, más micelio, más humus. El advenimiento del Antropoceno exige asumir la inseparabilidad ontológica entre forma y fondo, entre viviente y ambiente. La Tierra-cuerpo celeste, el famoso pálido punto azul, este mundo sublunar, de propiedad aparentemente exclusiva de la humanidad, necesita recuperar un sentido más terrestre, local, próximo y no unificado. Asumir la situación de imbricación radical entre adentro y afuera nos abre a la Tierra-Gaia, un mundo vivo y plural poblado por un sinfín de temporalidades, espacialidades, entidades diversas y ensamblajes intra

-activos. En la Tierra-Gaia todos los terrícolas, terráqueos, terrestres somos parientes en el sentido más profundo, más radical del término.

En tiempos de guerras y urgencias, los terrícolas, el pueblo de la Tierra-Gaia, estamos llamados a unir fuerzas para reconstruir refugios, para hacer posible las recuperaciones y recomposiciones biológicas-culturales-políticas-tecnológicas necesarias para seguir en esta Tierra. Sin embargo, ninguna de las partes en crisis puede apelar a los viejos trucos divinos. La tarea no puede delegarse en una autoridad superior y unificada que tome la decisión en el lugar de quienes asumirán las consecuencias. Este mundo común debe ser compuesto pedacito a pedacito, sin eclipsar la contradictoria y heterogénea pluralidad de condiciones e intereses de los colectivos que lo habitan. Así, puede que las imágenes terrícolas requieran de nosotros composiciones más en sintonía con las de open-weather que con las de la mítica Canica Azul.

GAIA

Isabel Naranjo

La comprensión del cosmos, su origen y evolución, ha fomentado el desarrollo de sofisticadas tecnologías que nos acercan una imagen cada vez más fiel del espacio circundante, de todos los cuerpos celestes en su viaje perenne, de la luna, el sol y los planetas que integran el sistema en torno suyo. En la base de esta búsqueda yace, no sin sosiego, la pregunta sobre la singularidad de nuestro planeta, de la existencia de la vida y de la posibilidad, siempre remota, de que esta condición se replique en otro rincón del vasto universo.

La imaginación humana se ha dedicado a indagar en las características que favorecieron esta aparición fortuita proyectando los más diversos escenarios míticos del imperio del orden sobre el caos inicial. Cosmogonías de toda índole intentan escudriñar el poderoso misterio del origen, del trayecto de la masa inespecífica a la definición de las formas, todas ellas distintas y posteriormente clasificadas en reinos del mundo natural ¿Qué era el planeta antes de ser mundo?

Y es como entonces se revela, ante las mentes incrédulas, que la Tierra solo es posible a partir de la vida, de su grandiosa capacidad de darle forma a través de la configuración de un complejo sistema que marca la pauta de sus propiedades esenciales. La vida vino después, pero sin ella nada es posible. ¿Y el equilibrio? El perfecto equilibrio es la muerte, la no vida, la índole de los planetas contiguos que también giran en torno al sol.

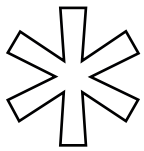
En el vertiginoso periplo de 107.680 kilómetros por hora, la nave asume la esencia de sus tripulantes disipando momentáneamente el caos, valiéndose de un equilibrio oscilante que sólo la diversidad de los elementos que la conforman puede garantizar: “una entidad compleja que implica a la biosfera, atmósfera, océanos y tierra; constituyendo en su totalidad un sistema cibernético o retroalimentado que busca un entorno físico y químico óptimo para la vida en el planeta.”

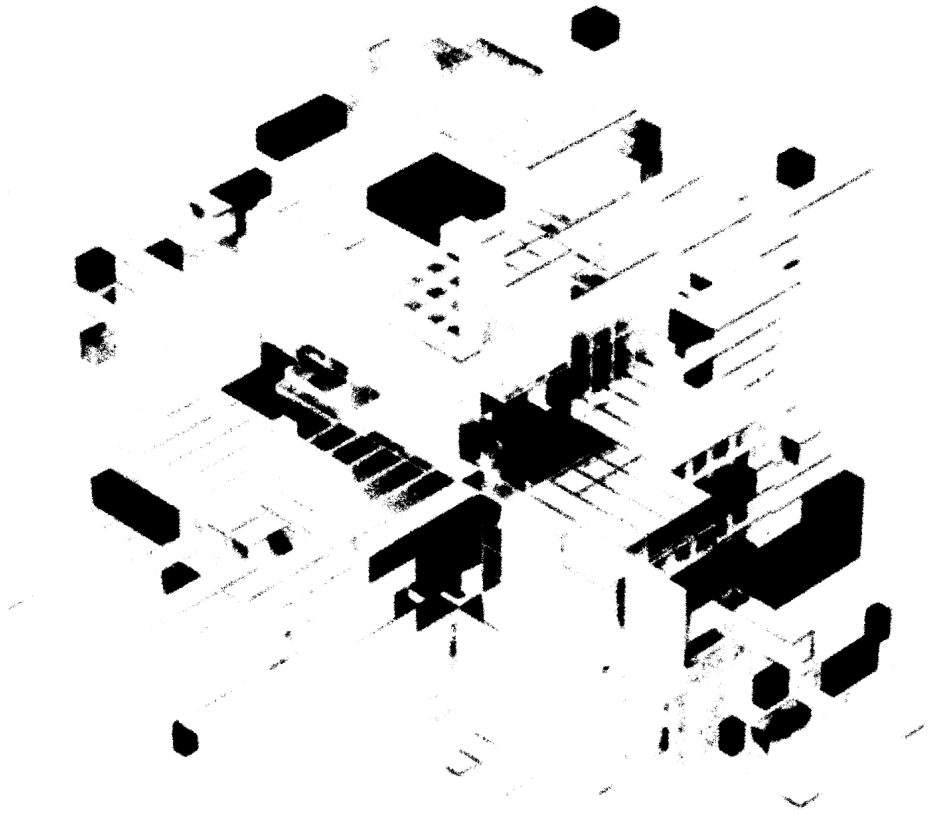
No en vano, el nombre dado a esta nueva visión de la vida sobre la tierra alude a una deidad ctónica, habitante del inframundo y opuesta a las deidades celestes. Pensar en la singularidad del planeta tierra obliga a volverse sobre el centro del mismo, sumergirse en lo profundo y colocar el rostro contra el suelo.

Todo esto por más que el viaje espacial sea guiado por otros astros y que el destino esté supeditado por la descripción incesante de una órbita elíptica de 930 millones de kilómetros. El tiempo es desplazamiento cósmico.

Este baile sincronizado, esta hospitalidad alcanzada a fuerza de vida ha sido puesta en riesgo por una deliberada ignorancia que amenaza la existencia de múltiples especies entre las cuales se cuenta la humana, precipitando una violenta irrupción que transformará radicalmente el clima y sus variaciones. Habrá tiempo y vida sin testigos humanos:

"De donde ni tiempo ni espacio,
Que la fuerza mande valentía
para darte cariño
Durante todo el viaje
Que realizas en la nada
A través del cual cargas
El nombre de tu carne
¡Tierra, tierra!
Por más distante
El errante navegante
¿Quién jamás te olvidaría?".





PLATAFORMA

Emmanuel Biset

Infraestructura que permite que dos o más grupos interactúen. Su versión digital facilita el registro de actividades online y satura su significado actual. Espacios virtuales que funcionan como intermediarios que reúne diversos usuarios, esto es, proporciona la estructura básica para mediar entre diferentes grupos. Territorio que dispone de una serie de herramientas para que cada usuario pueda generar su propio perfil, generar transacciones, vender productos o prestar servicios. Plataformas de búsqueda, plataformas de transporte, plataformas de redes sociales. Nick Srnicek resume las características de las plataformas: a) infraestructura digital que permite la interacción de grupos; b) dependen de efectos de red que hace que mientras más usuarios la utilicen más valiosa se vuelve; c) utilizan subvenciones cruzadas al reducir precio de un servicio por un lado y aumentarlo por el otro; d) tienen una arquitectura central que controla las posibilidades de interacción. Desde estas características, señala Srnicek, las plataformas digitales configuran la forma por excelencia del capitalismo actual: infraestructuras creadas para la extracción de la materia prima contemporánea: los datos. En resumen, son un nuevo tipo de empresa que crea espacios para la interacción entre grupos, estableciendo el control y gobierno de las reglas del mismo, para dar lugar a un modelo de negocios desde la extracción de datos. Plataforma: aparato extractor de datos. Múltiples formas: plataformas publicitarias, plataformas de la nube, plataformas industriales, plataformas de productos, plataformas austeras. En cualquiera de estos casos el objetivo es monopolizar datos: extraerlos, analizarlos, usarlos, venderlos. Al expandirse, señala Srnicek, las plataformas como empresas que tienden al monopolio se convierten en dueñas de la infraestructura de la sociedad. Plataforma: prisma que permite comprender la dinámica del capitalismo contemporáneo.

Dispositivo que habilita multiplicidad de registros de intervención. Lugar material de contacto entre colectivos. Territorio virtual de configuración de colectivos. Espacio generado para la suspensión de la extracción de datos: implementación sobre un vacío precedente. De un lado, jugar con los antónimos: plataforma como infraestructura de extracción de datos o plataforma como infraestructura de implementación de colectivos. De otro lado, desactivar la oposición: ni extracción ni introducción: configuración. Figurar con otros aquello que no tiene

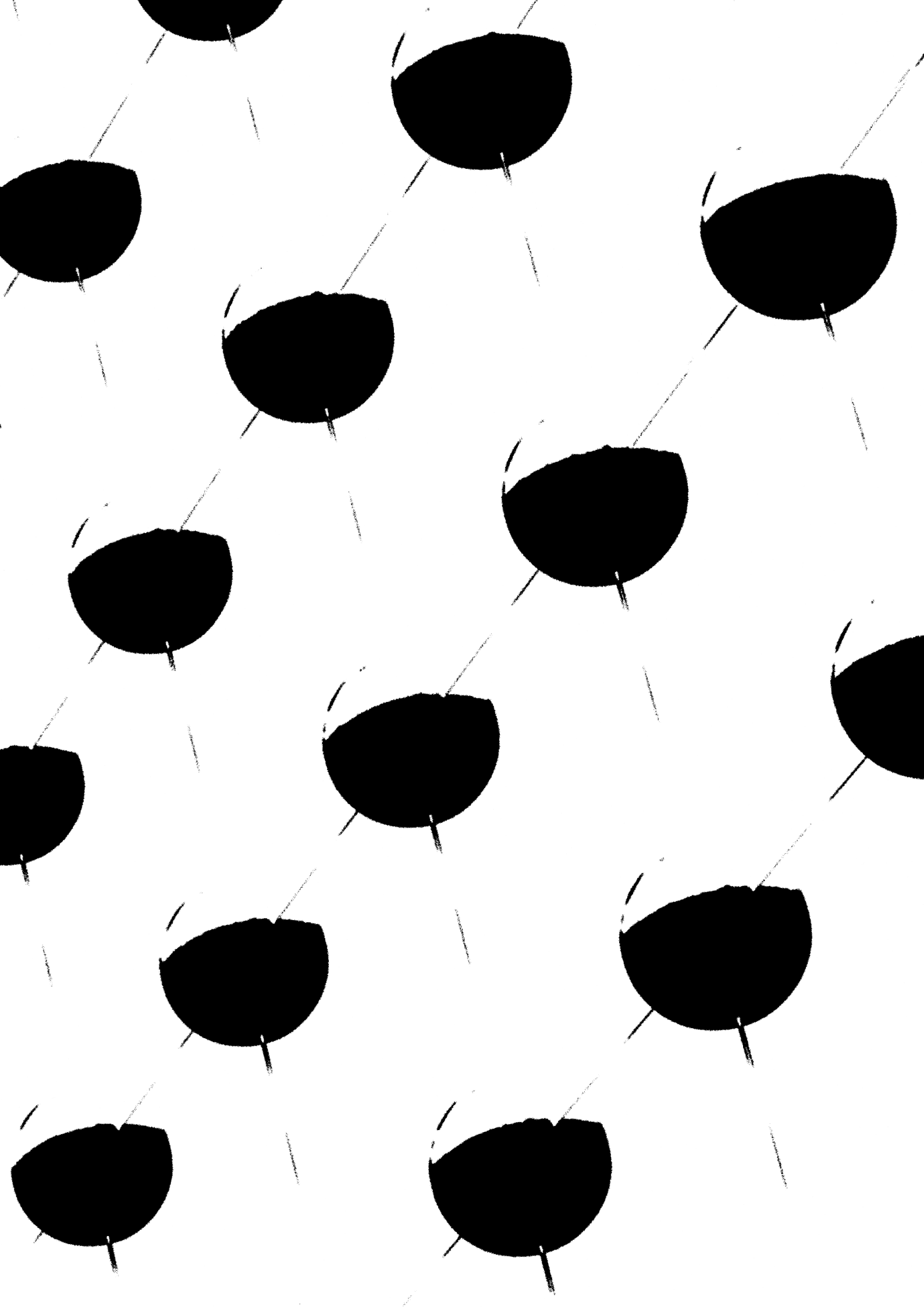
existencia precedente. Destituir el dato como materia prima. Destitución por saturación: datar al infinito. Destitución por afuera: lo que no se convierte en dato. Si la intermediación entre individuos genera información que se convierte en datos que pueden ser utilizados, la mediación siempre es una máquina de traducción. La intermediación capitalista requiere: convertir algo en dato, darle la forma de mercancía, posibilitar su control. Otro tipo de intermediación: lo que no puede ser dato, lo que no se convierte en mercancía, lo que no puede ser controlado. Suspender la mediación: cortar el cable, detener el medio, quebrar la intermediación controlada. Siempre la estrategia es doble: en la inmanencia generar otro tipo de plataformas, en la excedencia generar otra cosa que plataformas. Una política que haga justicia a su nombre se juega siempre allí: la configuración de una inmanencia que sea la forma de un exceso. Más allá dentro. No se trata de preguntar qué no puede ser dato, sino de desactivar la máquina que hace de cualquier cosa la forma de un dato. Una plataforma, entonces, también puede ser una infraestructura que permite en acto la configuración de un colectivo regido por la multiplicidad. Un dispositivo que habilita la invención de los posibles. Restitución de un común. Una plataforma, entonces, también puede ser el lugar del dato estallado: no-dato. Plataforma: prisma que permite configurar un dispositivo de pensamiento colectivo.

Superficie horizontal, descubierta y elevada. Palabra compuesta: forma plana. Toda forma es informe: exige su determinación. Encontrar una forma posterior al formalismo. Nombres del formalismo: lenguaje, retórica, sintaxis, significante, mediación. Todo es forma. Todo forma. Forma todo. Disposición de lo que existe. Configuración de lo dado. Figuras de lo posible. Forma: formar, conformar, deformar, informar, reformar, transformar. No-forma: contenido, materia, asunto. Tarea: del formalismo a la configuración. La distancia: el repliegue. Una época signada por una estrategia constante de repliegue sobre sí del humano bajo el supuesto de la mediación. Dado que no hay real inmediato, dado que no hay absoluto, todo análisis es el minucioso detalle de las formas de la mediación. Si mediación no es construcción se confunde en numerosas ocasiones: construcción social de la realidad, construcción lingüística del mundo, construcción cultural del sentido. El mismo concepto de construcción se encuentra sobrecargado:

vieja metáfora arquitectónica del dar forma a lo informe mediante la acción. Aún si la mediación no es construcción sigue siendo forma sobre forma: formas lingüísticas para analizar la mediación del lenguaje, formas de interpretación sobre la imposibilidad de un sentido último, formas figurativas de rodear un sublime inaccesible. La forma replegada sobre sí es una clausura: asfixia. Forma sin formalismo significa forma sin repliegue sobre sí. La forma deja de ser, entonces, el goce puro del círculo infinito para dar lugar a la configuración de mundos abiertos. La forma es también una resistencia de la forma. O encontrar formas que no vuelvan sobre sí, otras formas; o encontrar otra cosa que formas: cosa, materia, vida. La mentira de un afuera puro es también la restitución de la forma clásica: oposición, dualismo, dicotomía. No se abandona sino aquello que da lugar a una invención. Plataforma: prisma que nombra el deseo imposible de la destitución de la forma.

Carmina Frankel

CRIPTO



No hay vida humana sin intercambio.

El término *"cripto"*, derivado del griego κρυπτός - *"kryptós"*, significa ocultar. A lo largo del tiempo se ha utilizado como prefijo en diversas palabras para indicar justamente que algo está encubierto, oculto o escondido, pero también para señalar, más específicamente, que algo utiliza la criptografía para protegerse y funcionar.

A través de la historia, las técnicas criptográficas se volvieron más complejas, alimentadas por los avances de la matemática y la tecnología. En el contexto contemporáneo de digitalización y automatización de un volumen enorme de operaciones y cosas, el Blockchain surge como un monumento impenetrable de la información. Esta cadena de bloques, distribuida y descentralizada, se convierte en el santuario de las transacciones seguras, ocultas a los ojos curiosos. En el corazón de este monumento están las criptomonedas como Bitcoin y Ethereum.

Más allá de las transacciones financieras, en el Blockchain de Ethereum aparecen los NFTs, concepto por el que existe el criptoarte. En el Blockchain las obras digitales que eran efímeras, copiables y que desaparecían en un todo de imágenes, se vuelven únicas y originales, se transforman en tokens no fungibles (NFTs), sellando su autenticidad en la cadena de bloques. Parece que en la era digital este es el lugar donde lo efímero se vuelve eterno, y se le devuelve el aura a la obra de arte, ya que esa obra o información no puede ser cambiada por otra porque no existe otra igual a ella.

Así en este ecosistema digital, punk, eléctrico, consumista, donde la acumulación de valor se traduce en estatus social, donde la obra vuelve a estar atada a su contexto más inmediato (fecha, autor, texto, comprador), donde el criptoarte más que una corriente, estilo, forma estética, es una transacción, sin embargo, en este ecosistema, sin tocar un pixel análogo, la existencia de los NFTs revitaliza el concepto de aura, rescatando la exclusividad y el valor emocional asociados con la singularidad y la memoria. Esta perspectiva podría dar lugar a una nueva forma de coleccionismo, donde la adquisición va más allá de acumular objetos, transformándose en la búsqueda de experiencias únicas y memorables: "Coleccionar es una forma del recuerdo".

La autenticidad original solía residir en la firma del autor o en códigos visuales en la obra, así como en sistemas de encriptación, ocultando mensajes dentro de otros mensajes o imágenes. En el mundo digital, donde la distinción entre copia y original se desdibuja, afectando el valor comercial y especulativo de las obras digitales, donde se pierde la sensación de individualidad y el deseo de poseer y recordar algo único, los NFTs, como certificados digitales únicos e irrepetibles, vienen a devolver la autenticidad y singularidad al arte digital, aunque su comprensión y uso dependen de la fe en sistemas abstractos como el Blockchain. Mientras el arte se sumerge en el mercado virtual, surgen nuevas discusiones sobre la autenticidad y la permanencia. Los NFTs pueden abrir nuevas discusiones y paradigmas o solo ser una forma más de transacción encriptada.

_VACÍO

Alfonsina Santolalla

“Vacío” es la acrobacia lingüística que pretende nombrar la presencia de una ausencia. La ausencia, por su parte, puede efectivizarse frente a la falta de algo concreto, particular o identificable; pero también puede resultar en una cuestión absoluta, en caso de que estemos invocando la falta de todo. Pensar en torno al vacío es transitar los paradójicos senderos de la ausencia que, automáticamente, rechazan la presencia de la mera pregunta. Pues en términos materiales, un vacío puro y perfecto parece constituir una imposibilidad física; incluso un vacío simple, sin pretensiones de absolutización, cuenta con problemas en la búsqueda de su forma conceptual, dado que por definición allí no hay nada. Nada de esto impide que se trate de un intrigante aliciente para la imaginación. Algunos de los ejercicios retóricos en torno al vacío pueden detentar, incluso, un carácter político.

Es posible imaginar que el vacío entra en conflicto con la práctica y su sentido. Si bien a menudo asumimos una cierta pretensión de naturalidad frente al vacío, se trata de una naturalidad forzosamente construida como escudo para poder lidiar con la inconmensurabilidad. El vacío combate a la práctica –y por deducción, a la política– por enarbolarse como paradigma de la objetividad entendida como no-afectación, pues no tiene vínculo con nada, ni contiene nada. No es solo la nada en acto, sino también la ausencia de la posibilidad del acontecimiento, de cualquier tipo de dinámica con ímpetu transformador.

Vacío es la imagen prototípica de lo que la ciencia siempre quiso hacer con la naturaleza: sustraerla de toda afectación. Volverla indiferente, vacua, apática. Indiferencia que también aparece en la construcción de ese vacío para la objetividad, que soslaya otras objetividades posibles ignorando el hecho de que el vacío es fácil de invocar, pero no de garantizar. Construir conocimiento en ausencia de mito, de entusiasmo y de la evidencia de la crisis, es de alguna manera sostener una permanente caída en un abismo de la egolatría.

En el marco del entramado social de un presente que se autoconstruye como permanente, hay un vacío que da cuenta de la ausencia de vanguardias, de universales, de ideologías. En la era de la pérdida de la eficacia de la afectación de lo externo, el solo internismo de la personalidad remite al vacío, al vacío en todas sus formas; al vacío

como condena a la ausencia de praxis, de transformación. Ausencia del interés por el otro, por lo alterno, ausencia que incurre en una identificación unívoca con la identidad más íntima y, por eso, casi vacía. Frente a esto, hay que considerar que un espacio vacío puede ser un espacio saturado, en la medida en que paraliza toda capacidad de movimiento y la sentencia a la mera autoevidencia. Pero el vacío también aparece, de manera intermitente, en diálogo con la oportunidad. Por caso los símbolos, al vaciarse y por tanto no representar o no contener nada en particular, tienen potencialmente la capacidad de la trascendencia, de contenerlo o representarlo todo. Se trata de la oportunidad que se le presenta a la imaginación para ir más allá de la materia, del individuo, de las objetividades y de lo ya imaginado.

A menudo el vacío constituye un problema referido al tiempo y al espacio -otros dos nombres que ponen límites constantes a su delimitación conceptual–. Si el vacío puede ser ausencia inmovilizante u oportunidad de movimiento, la paradoja en el marco de lo espacio-temporal está dada por el hecho de que la primera de esas posibilidades parece anular a la segunda, pues habría ausencia absoluta de oportunidad. Pero analizando esa segunda vía, aparece la pregunta sobre cuáles son las implicancias de la oportunidad: el vacío como terreno fértil para unas transformaciones reales pero concretas, o el vacío como estado que se desea sostener indefinidamente porque se le asigna un valor a la no-representación y al no-contenido en sí mismo al jerarquizar la importancia de la universalidad.

Arqueologías del porvenir es un proyecto que se desarrolla en el Programa de Estudios en Teoría Política, radicado en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre la Cultura y la Sociedad (CIECS) de la Universidad Nacional de Córdoba y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

Excavadores

Agustina Piumetto
Alfonsina Santolalla
Carmina Frankel
Emmanuel Biset
Gonzalo Gutiérrez Urquijo
Guido Bovone
Isabel Naranjo
Jazmín Acosta
Manuel Preciado
María Gorjón
Mariano Gordillo
Pablo Pachilla
Paola Baselica
Pedro Sosa
Ramiro Galarraga
Santiago Ciordia
Sofía Benencio
Yanina Solís

www.arqueologiasdelporvenir.com.ar

Facebook . Youtube . Instagram